

TEOLOGIA DE LA HISTORIA

POR

JOSÉ MARÍA ALSINA ROCA.

Uno de los temas fundamentales en que se ocupó el P. Enrique Ramière a lo largo de su fecunda vida apostólica fue el estudio de la historia a la luz de la revelación divina, es decir, lo que él mismo denominó Teología de la Historia. Como afirmaba el P. Ramón Orlandis, en sus trabajos «hace ver las normas y las leyes de la Providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano y acude a la revelación divina para rastrear los planos que ha trazado Dios a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en el porvenir estos planes le reservan». Y todo ello con un doble motivo apostólico, orientar nuestra acción y alentar nuestra esperanza.

Las esperanzas de la Iglesia en la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción.

El punto de partida del P. Ramière es la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción. Pío IX había proclamado con toda solemnidad la esperanza de la Iglesia acerca de la conversión del mundo entero: «Nos —afirmaba Pío IX—, con firmísima esperanza y absoluta confianza, nos esforzamos en conseguir de la bienaventurada Virgen María que se digne otorgarnos que la Iglesia, desaparecidas todas las dificultades y deshechos todos los errores, florezca en el universo entero para que todos los extraviados vuelvan al camino de la verdad y se forme un solo rebaño y un solo pastor». A pesar de la importancia capital de este acto pontificio, que había encontrado eco incluso más allá de la Iglesia, hay un aspecto de esta solemne declaración, subrayaba el P. Ramière, que no había sido suficientemente es-

timado por los mismos católicos y contenía uno de los aspectos más consoladores. «Se le considera tan sólo como solemne expresión de la fe de la Iglesia, no se le considera bastante como la más impresionante manifestación de sus esperanzas».

El P. Ramière señalaba la necesidad de no separar los dos aspectos contenidos en este solemne acto pontificio. Con esta declaración de Pío IX se abre en la Iglesia una esplendorosa época de devoción mariana y, al mismo tiempo, una progresiva y frecuente manifestación en el magisterio de la Iglesia de las esperanzas acerca del triunfo del Reino de Cristo, a pesar de las dificultades y perspectivas del mundo moderno. «En adelante —afirma el P. Ramière— sabemos lo que tenemos derecho a esperar: el completo triunfo de la Iglesia, la destrucción de todos los errores, el Reino universal de la verdad y de la virtud, la unión de los hombres y los pueblos en un solo rebaño, que avanzará bajo la guía del Pastor, por el camino de la fraternidad y del progreso verdadero». Por ello, el P. Ramière, en su libro *Las Esperanzas de la Iglesia*, nos mostrará cuáles son las bases teológicas de estas esperanzas y cómo «los hijos de la Iglesia tienen casi el mismo derecho de confesar su fe en la Inmaculada que a proclamar su esperanza de ver el triunfo de María seguido por el de la Iglesia y por la regeneración del mundo».

¿Es posible que la reflexión teológica sobre la historia nos muestre que los planes de Dios sobre el futuro acaecer histórico sean tan distintos a lo que el mundo de hoy parece estar encaminado? Para demostrar que las taxativas palabras del Papa Pío IX no son un simple deseo piadoso, sino que tienen un verdadero fundamento teológico, el P. Ramière estudia las bases teológicas de la esperanza de la Iglesia, tanto desde la perspectiva de las leyes de la Providencia y de las promesas contenidas en la revelación como desde el punto de vista de la congruencia de aquéllas con las profundas tendencias de la sociedad actual.

Las leyes de la Providencia.

Todo lo que se hace en el mundo tiende a glorificar a Dios; esta glorificación debe realizarse por medio de Jesucristo a través

de su Iglesia. En el plano individual, los hombres, en sus acciones meritorias por la gracia de Dios, cumplen este designio divino, y con el pecado también se manifiesta la omnipotencia divina mediante su misericordia y su justicia, de tal modo que cualquier acto de los hombres encuentra su última explicación en esta perspectiva. La definitiva salvación o condenación de los hombres manifestará la gloria de Dios a través de su misericordia y su justicia.

También sobre los pueblos recaen estos planes divinos, es decir, los hombres, en su existencia colectiva y temporal, tienen el deber de glorificar a Dios, pero los pueblos sólo perduran en el tiempo y no es posible pensar que sus acciones reciban la recompensa o castigo en el otro mundo. León XIII, refiriéndose a la intervención de Dios en la vida de los pueblos, afirmaba: «La exactísima justicia inmutable de Dios reserva premios para las obras buenas y suplicio para los pecados. Pero los pueblos y las naciones, como no pueden prorrogarse más allá del tiempo presente, es necesario que reciban en la tierra el pago debido a sus hechos». En esta perspectiva debemos contemplar la historia de las sociedades. Su fin es glorificar a Dios reconociendo su realeza y aquellas sociedades que rechacen estos designios divinos no podrán evitar, como afirmaba el P. Ramière, que, a pesar de las apariencias de progreso y de fuerza que pueden dar algún tiempo, la codicia de los intereses colectivos y el orgullo nacional, los vínculos sociales vayan desapareciendo, la autoridad perdiendo su prestigio y los derechos sean cada vez más discutidos.

La realización de los planes de la Providencia respecto a la conversión del mundo pueden parecernos, bajo perspectivas humanas muy lejanas, sin embargo, el P. Ramière cree que estamos asistiendo a una de las últimas crisis en la que la sociedad llega al término de sus tendencias, coge el fruto bueno o malo de los principios adoptados por ella y se ve puesta por la divina providencia en trance de entrar por nuevos derroteros.

Tendencias de nuestra sociedad.

Hoy asistimos en nuestra cultura occidental a un nuevo fenómeno que ha sido subrayado por Toynbee. Nuestra civilización ha entrado

en una crisis desintegradora que se ha ido radicalizando al abandonar progresivamente aquellos principios y valores que la habían informado en sus orígenes, pero al mismo tiempo dicha civilización ha traspasado su marco geográfico, alcanzando una extensión planetaria. Por ello nuestra época tiene unas características radicalmente distintas a toda la historia de la humanidad. A pesar de todas las luchas y divisiones políticas, el mundo ha alcanzado una gran unidad cultural bajo una misma civilización. La civilización occidental, en el mismo momento en que parece que ha entrado en su crisis definitiva, ha alcanzado su máxima expansión.

Desde la perspectiva de la Teología de la Historia podemos subrayar los siguientes hechos. De igual modo que durante el Imperio romano la rápida expansión del Evangelio se facilitó gracias a aquella unidad política y cultural conseguida bajo la égida de Roma, la universalización de la cultura occidental ha ido acompañada con una formidable expansión misionera, de tal modo que puede afirmarse, por primera vez, que la fe cristiana ha sido predicada en todos los confines de la tierra. Durante los últimos cien años, mientras Europa se ha ido secularizando y ha estado sumida en una permanente crisis política y social, al negar socialmente los principios cristianos que habían sido su razón de ser, no han cesado de surgir entre sus pueblos misioneros que evangelizarán los cinco continentes. ¿No se ha hecho posible que algún día los pueblos del mundo entero reconozcan la voz redentora de Aquel que ya ha sido anunciado?

En nuestros días ha ido apagándose esta corriente misionera con la crisis vocacional que afecta a todos los países europeos, y parece como si esa gran unidad cultural que había alcanzado el mundo no tuviese otro destino que el de dar también un eco universal a los errores y desvaríos en que se debate la civilización de Occidente.

La expansión del marxismo, fruto genuino de esta cultura secularizada, nos hace contemplar ya como una realidad aquello que el P. Ramière veía como la última consecuencia de los principios que habían surgido en Europa en los últimos siglos: «Sólo falta decir, tratando de religión: Dios es el mal; tratando de política: el ser es la nada; tratando de la sociedad: la propiedad es el robo». Esta realidad antiteísta ha dado lugar a que el panteísmo materialista se pre-

sente como la única filosofía y la única religión que planta cara a la filosofía cristiana y a la religión católica. El panorama que el P. Ramière preveía para Europa, a finales del siglo pasado, en el caso de continuar por el camino que había iniciado, lo vemos hoy convertido en una realidad en todos aquellos pueblos sometidos a la esclavitud del comunismo: «Podría suceder que la revolución reportase el triunfo en que sueña, que acabase por romper todos los lazos sociales y triturar los pueblos bajo el martillo que ha causado ya tantas ruinas. Esto sería el infierno en la tierra; mas de ese infierno, como del que arde bajo nuestros pies, volvería a brillar, para los siglos venideros y para toda la eternidad, la más completa demostración que se pueda imaginar de lo necesaria que es la Iglesia para la felicidad del mundo».

A pesar de esta profunda crisis en que se debate la civilización occidental, y con ella el mundo entero, podemos afirmar con el P. Ramière que las tendencias del mundo actual también pueden ser contempladas bajo la luz de la teología de la historia como motivos que afiancen nuestra esperanza. Al mismo tiempo que se rechaza la fe cristiana y se proclaman las esperanzas en un mundo secularizado asistimos al fracaso permanente de las distintas ideologías, cuyo único lazo común es el de pretender edificar un mundo en el que Dios no esté presente. Se proclama la necesidad de la paz entre los pueblos y el ansia de felicidad del hombre, y no se encuentran ya ni los caminos de la paz, ni los bienes ni ideales que puedan llenar estas ansias de felicidad. No sería difícil encontrar todo tipo de testimonios en la literatura, en la política y en el periodismo que verificasen lo que acabamos de afirmar. Hace pocos meses podíamos leer en un periódico español el siguiente comentario, refiriéndose a las pasadas elecciones norteamericanas, tratando de explicar por qué había sido tan frecuente en la propaganda electoral las referencias a cuestiones religiosas: «América ha comprobado que muchas de sus formas que creía infalibles no sirven tanto en política interior como exterior, que el crimen crece, las ciudades degeneran, la educación baja de nivel, el paro y la inflación se mantienen a la par, sin que nadie pueda ofrecer soluciones satisfactorias. Tal vez no las haya, y sólo quede la esperanza del milagro sobrenatural».

Ante este panorama, en que ya no se encuentran soluciones humanas para los problemas que tiene planteado el mundo de hoy, ante el progresivo distanciamiento entre lo que el mundo promete y lo que realmente ofrece, ¿no habrá llegado la hora en que el hombre, humillado su orgullo, vuelva su mirada a Dios como única fuente de salvación? Y si no es así, la desesperación y las ansias de destrucción de este mundo deshumanizado quizás sean las únicas perspectivas que se presentan a nuestra civilización.

La esperanza, alimento de nuestra oración.

También entre los cristianos, ante la magnitud de la crisis que contemplamos, aparecen sentimientos de desaliento; por ello, hoy, más que nunca, es necesario alentar nuestra esperanza, no sólo de nuestra salvación eterna, sino también la del triunfo de la Iglesia, es decir, recordar que también en nuestra plegaria ocupa un lugar central la petición: «Adveniat Regnum tuum».

En el año 1946, el P. Ramón Orlandis escribía en *Cristianidad* las siguientes palabras, de permanente y creciente actualidad: «Formados los redactores de esta Revista en *Schola Cordis Iesu*, cuyo lema es en aquella petición *Adveniat Regnum tuum*, es obvio que desde el principio concibieron vivos deseos de entender a fondo la idea que se expresa en la fórmula universalmente admitida: El Reinado Social de Cristo; y que una vez comprendidas las riquezas de contenido, que en esta fórmula se encierran, los tesoros de salud que en ella y por ella se ofrecen, al mundo enfermo, extendieran sus deseos de dar a conocer tales tesoros al mundo, que, por desgracia, no los conoce en su valor ni los busca para su remedio. ¿Dónde, pues, habían ellos de buscar la comprensión de tales tesoros y dónde habían de hallar la orientación y el estímulo para comunicarlos? Necesario era acudir a los escritos y a las empresas del que con razón es llamado segundo fundador del Apostolado de la Oración, aquel egregio varón cuyo nombre era Enrique Ramière. El fue quien consolidó la obra de su primer fundador, el P. Gautrellet, él quien le dio vida nueva, robusta, infundiéndole la savia divina cuya fuente es el Cora-

zón de Cristo y con ello le dio su forma definitiva. El P. Enrique Ramière vio con una claridad que no habían alcanzado ni los contemporáneos de Santa Margarita ni los que en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX se aplicaron al estudio y al comentario de las revelaciones de Paray, la asignación de aquella promesa de reinado: "Reinaré, a pesar de mis enemigos" que en ellas de continuo se repite; y a la luz de esta claridad comprendió que tal promesa no se hizo tan sólo a los cristianos considerados aisladamente, sino a las sociedades en que ellos vivían; más aún, al mundo entero. Y vio más aquel eminente varón: vio que Jesucristo quería salvar al mundo valiéndose de la devoción a su Corazón divino, ya que ésta es el medio providencial por el cual quiere establecer su reinado de amor en el mundo pecador y rebelde».

En estas palabras del P. Orlandis vemos cómo en la obra del P. Ramière están íntimamente unidos el Apostolado de la Oración, la devoción al Corazón de Cristo y las esperanzas en la conversión del mundo entero. El Apostolado de la Oración lo concebía como el medio más universal y eficaz de realizar las esperanzas de la Iglesia y acelerar la salud del mundo: «La oración es un gran deber —afirmaba el P. Ramière—, un deber demasiado olvidado en nuestro siglo, pero la esperanza es un gran deber también y dudamos de que éste se cumpla mejor hoy que lo que se cumple el de la plegaria. Si ésta es el principio de todas las gracias, la esperanza es el móvil de la plegaria misma. Un soldado sin esperanza es un soldado desalentado; y entonces, ¿de qué le servirían las armas, por poderosas que sean? La realización de estas esperanzas estaban íntimamente unidas con la devoción al Corazón de Jesús».

La promesa a Santa Margarita: «Reinaré, a pesar de mis enemigos», confirma nuestra esperanza y nos presenta al Corazón de Jesús dispuesto a derramar sobre el mundo su misericordia salvífica, único remedio para curar las terribles enfermedades en que el mundo de hoy se ve envuelto. Desde las revelaciones de Paray, en Europa, tras la revolución francesa, se fue extendiendo el ateísmo social y político, y el P. Ramière pudo comprender con mayor profundidad aquello a que se refería el Corazón de Jesús al hablar de «mis enemigos». Por ello mismo la providencial devoción al Corazón de Cristo será más que

nunca motivo de confianza y esperanza. «Con la escuela de la desesperación desesperamos de los hombres —afirmaba el P. Ramière—, pero esperamos más que de ellos de la misericordia de Dios. Participamos de estas esperanzas y las creemos sólidamente fundadas en el estudio de los caminos de la Providencia en el pasado y de su acción en la actualidad. Nos inclinamos, pues, con una convicción profunda hacia la esperanza sin que se oculte ninguno de los motivos, desgraciadamente demasiado reales, sobre los cuales se apoya la escuela de la desesperación. Con ella desesperamos de los hombres, pero esperamos más que de ellos de la misericordia de Dios, incluso en la existencia terrenal de la Iglesia».

El magisterio de la Iglesia desde Pío IX hasta la actualidad ha proclamado reiteradamente estas esperanzas, y de forma solemne, en el Concilio Vaticano II, en la Declaración sobre las religiones no cristianas, ha confirmado esta doctrina del Magisterio: «La Iglesia espera con los Profetas y con el Apóstol la llegada de que un día, conocido ahora sólo de Dios, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y le servirán como un solo hombre». Esta es la esperanza de la Iglesia, fundada en las promesas de Dios, que orienta nuestra acción y alimenta nuestra plegaria.

En la historia de los pueblos la necesidad de oración y de esperanza ha sido expresada genialmente en estos versos de Jacinto Verdaguer dedicados a Barcelona:

«Lo teu present ara esplèndid és de nous temps aurora;
tot somiant fulleja lo llibre del passat;
treballa, pensa, lluita, mes creu, espera y ora.
Qui enfonsa o alça els pobles, és Déu que els ha creat.»